

Ilustración y educación en la primera infancia. Un ejemplo: Fernández de Lizardi¹

Jesús Hernández García

Universidad de Oviedo

Resumen

En este artículo se considera y estudia la educación en la primera infancia desde la perspectiva y la reflexión personal del escritor y periodista (ensayista) José Joaquín Fernández de Lizardi, conocido también con el seudónimo de el *Pensador Mexicano*, en consonancia siempre con las ideas, con el pensamiento y con las premisas pedagógicas de la Ilustración; una época en la que se destaca el valor y la enorme importancia de la educación para el ser humano y para la sociedad en general y en la que, a su vez, se concede también un nuevo valor y una gran relevancia al niño desde el mismo instante de su nacimiento. Se estudia y analiza, de este modo, lo que José Joaquín Fernández de Lizardi estima y reflexiona en relación respecto a los primeros y diversos cuidados de los niños y niñas: la importancia que ha de adquirir la figura de la madre en la lactancia; el afecto, la educación y primeras atenciones que se han de procurar; la posibilidad de que el padre y la madre puedan tener o tener que elegir una nodriza o una niñera que ayude en la crianza del infante; las reflexiones y orientaciones para la buena salud y la educación física; la primera educación moral, etc. Con todo ello, se resalta, en último término, la importancia que adquiere para el día de mañana la educación en esta primera etapa de la vida del hombre. Siempre, además, dentro de un contexto histórico, social e ideológico muy preciso y delimitado.

Palabras clave: Ilustración, educación ilustrada, primera infancia, educación física, educación moral.

¹⁾ Lizardi (1776-1827) es un pensador mexicano, cuya obra, dentro del pensamiento ilustrado, está fuertemente alentada por las cuestiones de carácter educativo. Además de algunas novelas con un marcado trasfondo educativo (*Periquillo Sarmiento*, *La educación de las mujeres*), dejó sus reflexiones en cientos de folletos y de artículos en periódicos que él mismo había fundado. Es, sin duda, una de las figuras más relevantes de la Ilustración hispanoamericana, en unos momentos en que estos países, como ocurría en México, conseguían su independencia o transitaban hacia ella.

Abstract: *The Enlightenment and early childhood education. An example: Fernández de Lizardi*

This article studies and considers early childhood education from the personal perspective and thinking of the writer and journalist (essayist) José Joaquín Fernández de Lizardi, also known as “El Pensador Mexicano”, who was always in accordance with the ideas, thoughts and pedagogical premises of the Enlightenment, a period which highlighted the enormous value and importance of education for humankind and society in general, and conferred new values on childhood education from the very moment of birth. We, therefore, analyse and study what José Joaquín Fernández de Lizardi considered and reflected on with regard to the diverse forms of primary care for children: the importance of the mother while breast-feeding; the affection, education and primary care that have to be provided; the possibility that the father and the mother could have (or have to choose) a wet nurse or a nanny to help bring up the child; reflections on and guidance for good health and physical education; early moral education, etc. Finally, we highlight the importance of early years education in this first stage of a child’s life for his/her future development. All the above has been studied within a very precise and delimited historic, social and ideological context.

Key words: the Enlightenment, enlightenment education, early childhood, physical education, moral education.

Introducción

En la Ilustración, al hilo del interés por los pretendidos beneficios que conlleva la educación, se crea, especialmente desde Rousseau, una especial sensibilidad hacia la infancia, que se traduce en su mejor conocimiento y en una preocupación mayor por el niño, también por su singularidad respecto de los adultos. Desde ahora, se le considerará un ser con peculiaridades propias que habrá que atender en todos los órdenes; un sujeto con modos de sentir y actuar diferentes a los de los mayores, al que habrá que cuidar según su propia condición. Todos los ilustrados «reconocieron de un modo u otro la especificidad de la infancia, declarándola una etapa premoral, vinculándola a la naturaleza u optando por una cierta facilidad en la instrucción» (Fernández Enguita, 1988, p. 143).

Aparece, pues, la exaltación del niño como un ser exento todavía de cualquier confrontación entre el bien y el mal, al que habrá que ir moldeando desde su nacimiento;

pero un ser al que, en la época, preocupada por el aumento de la población, se le considera también fuente de riqueza, y, por la elevada mortalidad infantil, alguien frágil al que hay que proteger vigilando su salud y su condición física. Así, la pequeña «criatura será digna de interés desde su cuna. El padre y la madre (...) se inclinarán sobre ella para dirigir su desarrollo» (Hazard, 1985, p. 176). De ahí la preceptiva del momento, atenta a la educación del infante y a su crianza física; y de ahí un renovado interés por la familia, como primer ámbito educativo en el que se adquieren las primeras y más sólidas impresiones.

Lizardi no es ajeno a estas consideraciones y, en su obra, irá desgranando su pensamiento sobre la educación y crianza de los niños.

Los primeros cuidados: madres, nodrizas y niñeras

«El hombre tiene necesidad de cuidados y de educación», afirmó el filósofo Emmanuel Kant (Kant, 1983, p. 31), y la primera preocupación de Lizardi respecto de esos «cuidados» es que los niños no deben entregarse a ninguna nodriza o chichigua para que los amamante. Ello va contra la naturaleza y contra la razón, y causa perjuicios de todo tipo a la educación y a la salud infantil. Ha de ser la madre quien procure el primer alimento al niño, en consonancia con las leyes naturales. Por ello, *Periquillo*, protagonista de la primera novela *lizardiana*, con evidentes ecos *rousseauianos*, recomienda a sus hijos que, cuando mañana tengan los suyos, no los entreguen a nodriza alguna «porque es una cosa que escandaliza a la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace (...) ninguna hembra puramente animal y destituida de razón» (VIII, 48-49)².

Porque, efectivamente, para Lizardi, las mejores lecciones para que las madres aprendan a cuidar de sus hijos las proporciona la naturaleza. Las madres no necesitan «otros libros para aprender a cuidar de la existencia física de sus hijos que los mismos brutos. Éstos enseñan muy bien muchas reglas que ignoran las madres» (III, 426).

² Las referencias a las obras de Lizardi se harán indicando el número del volumen y el de la pág. o págs. correspondientes, de acuerdo con la edición realizada por la Universidad Nacional Autónoma de México (1963-1995) y según la siguiente relación:
-Vol. III (1968): *Periódicos*; edición crítica y anotada a cargo de M^a Rosa Palazón Mayoral y Jacobo Chencinsky.
-Vol. IV (1970): *Periódicos*; edición crítica y anotada a cargo de M^a Rosa Palazón Mayoral.
-Vol. VII (1980): *Novelas (La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima)*; edición crítica y anotada a cargo de M^a Rosa Palazón Mayoral.
-Vol. VIII (1982): *Novelas (Periquillo Sarmiento)*; edición crítica y anotada a cargo de Felipe Reyes Palacios.

Lecciones como las del amor materno, porque ésta es una de las razones primordiales para el cuidado de los hijos: el amor de una madre, que ha de mostrarse desde la lactancia, no abandonando a los niños a los pechos de otras que «no los aman y sólo los alimentan por su mercenario interés» (VIII, 48).

Tal valor concede Lizardi a la relación entre madre e hijo en el momento de la lactancia, al afecto que genera y a la gratitud debida por ello, que incluso estima que cualquier niño debe más amor a quien le dio su leche que a su propia madre, si ésta no quiso amamantarlo. Y para reafirmar su idea, acude a personajes de la historia romana, como Cornelio Escipión. En su boca, y en relación con una hermana de leche, pero no de sangre, pone estas palabras dirigidas a su hermano de sangre, pero no de leche: «Hermano, te aseguro que yo tengo por más madre a la que me crió y no me parió, que a la que me parió y al instante me abandonó a ajenos brazos» (VII, 23-24). También el padre Sarmiento acude a los antiguos para semejantes empeños: «Haze mas de 1500 años que *Aulo Gellio* dexó escrita (...) la declama de Phavorino contra las mugeres, que por sí mismas no dan leche a sus hijitos» (Sarmiento, 1984, p. 48).

La verdadera madre es, pues, la que se comporta como tal desde el nacimiento del niño, criándolo con ella. En caso contrario, se aparta de la naturaleza y la relación afectiva madre-hijo se pierde porque no empieza desde su momento natural: la lactancia. Además, con la leche materna, el niño se criará más sano, pues es según Kant «el alimento que la Naturaleza ha destinado al niño (...). Lo más ventajoso para la madre y el niño es que ella misma lo críe» (ibíd.: 1983, p. 47). Son las ideas que divulgó sobre todo Rousseau, a quien Lizardi suscribiría:

Pero que las madres se dignen amamantar a sus hijos, y las costumbres se reformarán por sí mismas (...). Cuando la familia está viva y animada, los cuidados domésticos son la más estimada ocupación de la mujer (...). Así (...) no tardaría la naturaleza en recobrar todos sus derechos. Que de una vez vuelvan a ser madres las mujeres y bien pronto volverán a ser padres y maridos los hombres (Rousseau, 1985, p. 46).

Como es obvio, lejos de nuestro pensamiento y de nuestra concepción, tales palabras están enclavadas en un tiempo preciso en el que las mujeres quedaban todavía injustamente relegadas al ámbito familiar y doméstico -«su más estimada ocupación», según el ginebrino-, y estaban aún muy lejos de alcanzar la equidad y estimación personal y social que, afortunadamente, han conseguido o están consiguiendo en nuestros días. En este sentido, y de acuerdo con esas ideas, como verdaderos padres se

comportan en *La educación de las mujeres* doña Matilde y don Rodrigo. Lizardi parece pintar el cuadro familiar que esbozaba Rousseau con anterioridad:

¿Yo había de abandonar a mi hija a otros brazos por no ponerme descolorida? (...). Ella es mi hija, y el rato que la tengo colgada de mis pechos la quiero más que nunca (...).

Diciendo esto la apretaba y llenaba de besos; y el coronel rebozando la satisfacción que sentía en estas escenas, abrazaba a su esposa y la decía: Tú sí eres verdadera madre (VII, 27-28).

En esta obra, Lizardi introduce el contraste entre dos familias: la de doña Matilde y don Rodrigo, y la de su hermana Eufrosina y su marido. Ésta no amamanta a su hija Pomposa, sino que la separa de sí; mientras que Matilde «tenía algo quebrado el color por razón de que criaba a sus pechos a su niña Pudenciana» (VII, 17). Cualquiera madre, siguiendo el dictado de la naturaleza, ha de anteponer, pues, a su propio cuidado, el cuidado de su hijo. Por ello, Lizardi critica que el hecho de que las madres no amamenten a los niños se haya convertido en una costumbre propia de las clases acomodadas urbanas, porque «no es moda ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las pobretas y gente ordinaria» (VII, 17).

Además de la clase social, estas mujeres invocan también el cuidado del propio cuerpo y la conservación de su belleza como otras causas para no criar a los pechos. No sólo lo estiman un signo de vulgaridad social, la lactancia podría también ajar su hermosura. No deja de ser curioso que Lizardi especifique cómo son precisamente las mujeres hermosas y acomodadas las más reacias a amamantar a sus hijos y las más prestas a alquilar nodrizas (VII, 22-23, n.).

El escritor pretende, pues, educar a las madres de la clase media urbana para que críen a sus hijos conforme a la naturaleza, a su propia función materna y en consonancia, asimismo, con las leyes de Dios; desterrando, de acuerdo con las nuevas ideas, la costumbre de tener una nodriza, pues muchas veces «han declamado los sabios contra este abuso; pero nunca lo bastante para exterminarlo de las sociedades» (VII, 18). De ahí la denuncia *lizardiana* contra las madres que no amamentan a sus criaturas.

Asimismo, según Lizardi, hay también otras razones para no «alquilar chichigua». Señala, de este modo, cómo, si los niños se envían con una nodriza «lejos de la ciudad», puede ocurrir que no lleguen a amar a sus padres; incluso que éstos los pierdan para siempre, porque «sólo el que cría la madre a sus pechos puede asegurar que es su hijo» (VII, 25). El autor mexicano esgrime, a su vez, razones morales y de salud: las nodrizas, al pertenecer generalmente

a gentes de baja condición, con poca higiene y formación, pueden perjudicar la salud del niño y ser perniciosas para su educación. En todo caso, en Lizardi y en la mayoría de los educadores de la época, y entendemos que más como lugar que como crítica basada en la realidad, las nodrizas serán injustamente centro de todas las reconvenções.

Además, Periquillo cree aún vulgarmente que, con la leche, se transmite el carácter de quien amamanta³; aunque, como recuerda Kant, es «mero prejuicio creer que [el niño] chupa su carácter con la leche» (Kant, 1983, p. 47).

Quizás debido a la realidad del momento, Lizardi, respecto de las enfermedades que pueden transmitir las nodrizas, es especialmente sensible con las venéreas. En *La educación de las mujeres*, una madre cuenta cómo tomó como nodriza a una negra gálica, por lo que «el niño se murió a pocos días medio podrido» (VII, 18). El propio autor advierte de «lo arriesgado que es fiar a los hijos en los brazos alquilados de una chichigua o ama de leche, pues (...) siendo relajadas son fáciles a inficionarse del mal venéreo, y de consiguiente a contagiar a las criaturas que nutren» (IV, 210).

Pese a todo, también entiende como, por ejemplo, Hervás y Panduro, que, si se considera «que la propia madre no puede criar á su hijo, se debe pensar seriamente en la eleccion de una buena ama de leche» (Hervás, 1789, I, 215). Para Lizardi, son dos las razones que permitirían «alquilar» nodriza: una de carácter físico, que la madre no pueda amamantar por enfermedad; y otra más de carácter social que moral: cuando el hijo es fruto de relaciones ilícitas (VII, 25). En ambos casos, los padres han de escoger bien una *chichigua*, pues, como advierte Rousseau «si necesitamos una nodriza extraña, comencemos por escogerla bien» (Rousseau, 1985, p. 59).

Y las reglas que expone Lizardi (influido por Barquera⁴, san Jerónimo, Plutarco y Ballexserd⁵) aluden a cualidades físicas y morales. Respecto de la moral, las nodrizas han de ser virtuosas, castas, no borrachas, ni mentirosas... En cuanto a lo físico, han de estar sanas, ser jóvenes, preferentemente con pelo oscuro (la leche de las rubias o pelirrojas se decía que era agria), tener buena dentadura y buen aliento (signos de buena leche)... La leche misma no ha de pasar de cuatro o cinco meses desde que subió a los pechos,

³ Respecto de México, y en relación con la idea de que las nodrizas eran normalmente depravadas y del convencimiento de que, al amamantar, transmitían características de su personalidad, escribe Spell: «This idea was advanced by Barquera in *El Diario*, N.º 173, to which Lizardi specifically refers (...). Probably this hostility to wet-nurses may be traced to Rousseau's *Emile*; a more direct influence is Blanchard who gave voice to many of Rousseau's views. Doña Josefa [Amar] y Borbón (Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres, chap. ii) summarizes the various opinions of ancient and modern writers on this subject» (Spell, 1926, 263, n. 16).

⁴ José María Sánchez de la Barquera, editor del *Diario de México*, fue «uno de los primeros teóricos de la de educación en México y, ciertamente, el primero en interesarse de manera sistemática en la educación femenina» (Ruiz Castañeda, 1967, XV).

⁵ Ballexserd es un pedagogo al que Lizardi sigue varias veces. Su principal obra, *Dissertation sur l'education physique des enfants depuis leur naissance jusqu'à l'âge de puberté* (París, 1762), fue premiada ese mismo año por la Sociedad Holandesa de Ciencias. Se tradujo al español en 1765 por Llaguno y Amiroa con el título *Crianza física de los niños desde su nacimiento hasta la pubertad*.

ha de ser blanca, inodora y con poco sabor, ni espesa ni aguada y que no esté amarga⁶. Lizardi cita incluso un texto de *Las Partidas* referente al tema (VII, 25-27).

Las recomendaciones lizardianas, al uso de una época, podrían resumirse en dos, como aparece en el *Reglamento para el establecimiento de las casas de expósitos, crianza y educación de éstos* de 1796: «Se ha de poner todo cuidado en que las amas, que han de criar y lactar en sus casas los expósitos, sean de buena salud y de honestas costumbres» (Carlos IV, 1988, p. 307).

Pasados los dos primeros años de vida, las familias acomodadas se procuraban un aya o pilmama que ayudara en el cuidado de los hijos. Lizardi no se muestra en contra de que se tome aya; bien entendido, no obstante, que nunca podrá sustituir las responsabilidades maternas. «Partidario de la educación en el hogar, Fenelón concede gran importancia a la elección del aya» (Damseaux y Solana, 1967, p. 257); y Lizardi, que recibe gran influencia de Fenelón, hace que doña Matilde y su hermana tomen una pilmama. La diferencia estriba en la elección y en la intención. Ésta coge a la primera que puede con el único fin de no ocuparse de su hija. Por contra, doña Matilde y su marido obran con prudencia y buscan una persona adecuada (VII, 29 y 34).

El resultado, obviamente, fue diverso. Doña Eufrosina toma como primera pilmama a una muchacha de ocho años que ni podía ni sabía cuidar a una niña. A ésta siguieron otras que también le causaron gran perjuicio físico (alimentación, higiene) y moral, pues eran soberbias, vengativas, mentirosas... En cambio, Pudenciana, con una pilmama ejemplar, lograba criarse «buena y sana en el cuerpo, y libre de resabios antimorales en el espíritu» (VII, 34). Todo, obviamente, fruto del celo que, siguiendo los consejos de Fenelón, pusieron sus padres al elegir, pues no «será pedir demasiado a esta persona mediana si se le exige que tenga cuando menos, sentido común, carácter tratable y un verdadero temor de Dios» (Fenelón, 1934, p. 124).

El propio don Rodrigo nos enumera las características de una buena aya en relación con los aspectos físicos, morales y de conocimientos sobre los cuidados infantiles: ha de tener virtud y talento, también edad suficiente, ha de saber cuidar y entretener al infante, no ha de estar enferma, debe poseer buena moral, no debe ser ignorante para no criar a los niños con supersticiones y ha de cuidar de su salud, vigilando sus comidas y su

⁶ Josefá Amar y Borbón escribe respecto de las nodrizas y alude también al mismo autor en el que se basa el Pensador: «Mr. Ballexserd concuerda también en la igualdad de complexión; encarga que sea de desde 20 hasta 35 años de edad, que la leche no pase de quatro ó cinco meses, y que haya tenido un parto feliz. Prefiere la leche de las que tienen el pelo negro ó castaño; porque la de las rubias comunmente es ágría; que el aliento sea suave y los dientes blancos, porque todo esto indica buena linfa. En quanto á las calidades de la leche, dice este mismo autor que debe ser blanca, sin olor y de poco sabor; no muy aquiosa ni muy espesa, de una mediana consistencia y dificil de coagularse al fuego» (Amar, 1790, 33-34).

higiene. No obstante, incluso con una buena pilmama, las madres no deberían «apartar jamás sus hijos de su vista» (VII, 36).

Lizardi, pues, considera a la madre insustituible en la crianza y el cuidado de los pequeños. Sólo admite la contratación de una nodriza en casos muy determinados, y siempre poniendo enorme cuidado en su selección. No reprocha, empero, la ayuda de una niñera, también cuidadosamente elegida. Y en ambos casos, la madre ha de llevar la total responsabilidad para la buena educación y salud de los niños: no ha de tener chichigua o pilmama con el solo fin de despreocuparse de los pequeños. De acuerdo con el espíritu y las ideas de un tiempo muy preciso, reivindica, pues, la función de la madre entregada amorosamente a sus hijos, conforme a la naturaleza, a la nueva revalorización de la familia y a los nuevos tiempos.

Salud y educación física

La pedagogía ilustrada se preocupa también de la educación física de los niños. Así, por ejemplo, en 1785, bajo la dirección del español Normante, se escribían unas *Proposiciones* donde podemos leer:

La física (...) es acrehedora á las atenciones públicas (...) por lo mucho que contribuye para la perfeccion de las operaciones del espíritu (...). *Expondremos tambien lo que nos parece mas digno de observar en el primer periodo, especialmente sobre los baños proporcionados á los infantes; sobre el uso de las mantillas ó pañales, fajas, gorras y cunas (...); sobre sus alimentos; sobre la economía del sueño y de la vigilia...* (Normante, 1988, p. 245).

Conforme al espíritu del momento, éstas son las cuestiones que también considerará Lizardi⁷.

⁷ Según Spell (1971, 158 y n. 39), Lizardi, para estos aspectos, así como para algunos referentes a las niñeras, nodrizas y crianza de los niños, se basa especialmente en las siguientes obras: *Domestic medicine*, citada en la nota anterior, traducida al español en 1785 por Antonio de Alcedo; en el libro citado de J. Ballexserd *Dissertation sur l'education physique des enfants...*; y en *L'École des moeurs* (Lyon 1782), de J. B. Blanchard, traducida al español por Ignacio García Malo como Escuela de costumbres en 1786 y reimpresa en 1797. Señala, asimismo, cómo Ballexserd y, especialmente, Blanchard están claramente influenciados por el *Emilio* de Rousseau. También recuerda cómo las ideas de Buchan, Ballexserd y Blanchard fueron expuestas por José María Barquera en el *Diario de México* en diferentes números durante los años 1805, 1806 y 1808.

En cuanto al vestido, se critica que, al nacer, se faje a los pequeños como si fueran «un cohete», o que se les envuelva de pies a cabeza cuando no están en la cuna. Es preferible tener la cabeza descubierta, los pies descalzos y usar ropas que no aprieten y permitan moverse. Como expresa con gracia un autor español de la época, quizás remedando a Kant en su comparación, las amas «faxan cruelmente á los niños de pecho. Las pobres criaturas padecen mucho con esta costumbre. Lian, y envuelven un niño, como si fuese una momia de Egipto» (A. Mayordomo y L. M. Lázaro (eds.), Anónimo, 1988, p. 334-335). Así, Periquillo se queja de que, cuando le despertaban, le «vestían y envolvían como un tamal de pies a cabeza», de modo que jamás se «levantaba de la cama sin zapatos, ni salía del jonuco sin la cabeza entrapajada» (VIII, 51).

Lizardi recomienda también cómo deben vestir los niños cuando son algo más mayores: no excesivamente abrigados ni con prendas que opriman el cuerpo, con objeto de que, junto a otros aspectos propios de la educación física, resulte todo ello beneficioso para su salud y, más tarde, para la misma sociedad. Señala, asimismo, cómo en México, en 1816, «ya notamos en las calles multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire y sin más abrigo en las piernas que el túnico o pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda...!» (VIII, 51-52).

Indudablemente, la nueva forma de vestir a los pequeños supone diferenciarlos también de los adultos, al no vestirlos, como antaño, igual que a los mayores. Se destaca, así, la especificidad de los niños, y con ello se intenta mejorar su salud, su crecimiento adecuado y su libertad para jugar. Se suele atribuir «a Rousseau el mérito de haber restituido a la infancia esta preciosa libertad. Se da al niño un vestido ligero y agradable porque se tiene confianza en que se formará al no encontrar trabas para sus gestos» (Snyders, 1974, p. 28).

Respecto de la alimentación, y después de la lactancia, Lizardi señala la necesidad de adquirir unos hábitos: no comer cuanto apetezca, hacerlo a unas horas, etc.; para que a ninguno le ocurra lo que a Periquillo, quien, sin regla alimenticia alguna, pronto se vio «cursiento, barrigón y descolorido» (VIII, 51). Igual que Pomposa, quien, por lo mismo, tenía frecuentes náuseas, diarreas y otras enfermedades (VII, 31-33). Muy al contrario, conviene acostumar a los pequeños «a comer lo menos que puedan, y alimentos de fácil digestión» (VIII, 51), frutos ya maduros y alimentos suaves. Con cuatro o cinco años, las comidas pueden ser ya algo más fuertes (III, 425).

En relación con los baños, Periquillo recuerda cómo, de pequeño, le bañaban sólo de vez en cuando, siempre en una habitación caldeada y con agua caliente. El sentir de la época y del autor es, sin embargo, que los niños han de bañarse «con frecuencia y si es posible en agua fría, o cuando no, tibia» (VIII, 51).

En cuanto al sueño, también se queja de cómo «dormía hasta las quinientas» (VIII, 51). Y Lizardi, también en este sentido, ofrece una serie de normas: tener un hábito de sueño, levantarse temprano, a «una hora regular», etc. (III, 425, 429).

Además, para una sana crianza física es necesario que el niño esté al aire libre. Lo que no ocurría con Periquillo, quien «no era dueño de salir al corredor o al balcón sino por un raro accidente» (VIII, 51); cuando es mejor que los pequeños estén «con frecuencia al aire libre y descubierta la cabeza» (III, 425). De no ser así, pueden sobrevenir enfermedades, como a este personaje, quien, con dos años, «padecía catarros y constipados con frecuencia» (VIII, 51).

Y en relación con todo ello, el muchacho ha de hacer ejercicio y jugar, porque, en palabras de Baldiri Rexach (1703-1781), «aixi conservian millòr la salut del cos y la vivesa de sas potencias» (Rexach, ¿1748?, p. 288). Los padres, pues, deben dejar a los pequeños «travesear cuanto quieran (...) para que se agiliten y robustezcan sus nervicillos» (VIII, 51), y porque es algo connatural a su edad. Los niños necesitan del juego para desarrollarse adecuadamente. Lo contrario sería desconocer la naturaleza y la especificidad de la infancia, pues «tan violenta es la quietud para un niño, como el travesear y corretear todo el día para un adulto» (VII, 39). Así, los muchachos no han de permanecer quietos, sino correr, jugar..., aunque puedan importunar a los padres, quienes no han de procurar sino que los chicos «se connaturalicen con el continuo ejercicio, sin permitirles el ocio ni la vida sedentaria» (III, 425).

Tal valor concede Lizardi al juego y al ejercicio, que recomienda a los padres que, con menos de cinco años, es preferible enviar a sus hijos al campo que a la escuela, permitiéndoles allí «hacer cuanto ejercicio quieran al aire libre, haciéndoles ejercitar sus fuerzas, provocándoles con algunos juegos inocentes propios de su edad» (III, 425). Bien es cierto que, al contrario que Kant y Rousseau, se muestra más cauto respecto de los juegos, para que los niños no se lastimen. Matiza, así, que la prudencia debe «dirigir estos ejercicios según la constitución y edad del niño» (III, 425, n.); mientras que Rousseau, estableciendo la importancia del juego para el desarrollo de los sentidos en el niño (varón), critica que se juegue «siempre flojamente los juegos en que se puede ser torpe sin riesgo» (Rousseau, 1985, p. 166). Asimismo, Kant desea que el chiquillo pueda andar por un sendero estrecho y escarpado, pues este tipo de

⁶⁹ El valor del ejercicio físico y del juego para los ilustrados queda también manifiesto en la publicación de varias obras en que se relacionan y explican diversos juegos; como la del español Vicente Naharro (1750-1823) titulada significativamente: *Descripciones de los juegos de la infancia, los más propios a desenvolver sus facultades físicas y morales y para servir de abecedario gimnástico*. En ella, se relacionan juegos infantiles de la época como el salto de carnero, la lucha, el aro, los zancos, etc.

«ensayos con los niños no son realmente muy peligrosos, porque éstos tienen, en relación a sus fuerzas, un peso mucho menor que los hombres, y por eso no caen tampoco de un modo tan pesado. Además, sus huesos no son ni tan secos ni tan frágiles como lo llegarán a ser con la edad» (Kant, 1983, p. 58).

Cuando Lizardi invita a que se envíe a los niños menores de cinco años antes al campo que a la escuela, la razón es de carácter físico, incluso psicológico: atañe a su salud y a su estado de ánimo; pues los pequeños, a estas edades, más que a aprender, van a la escuela «a deteriorar su salud y a relajar su constitución. Ellos están sentados cuatro o seis horas del día y en una continua violencia; se entristecen; sus fluidos no corren agitadamente por sus nervios, su sangre circula como deteniéndose en sus venas (...), sus pulmoncitos no se dilatan como debían (...) pagando con unas enfermedades crónicas o habituales (...) la ignorancia e imbecilidad de sus padres» (III, 425). La «constitución física de los niños en su tierna edad pide para su robusta formación respirar el aire más libre, hacer el mayor ejercicio y tener el espíritu tranquilo; porque entonces es cuando sus fluidos necesitan circular con más rapidez para vigorizar las fibras (...); para esto es necesaria la buena digestión y transpiración, a la que coadyuva, más que nada, el ejercicio corporal y la quietud de ánimo» (VII, 38).

Parece ser que, efectivamente, los muchachos mexicanos de la época debían soportar estar quietos y sentados en clase durante demasiado tiempo. Como señala Tanck, en las escuelas mexicanas no se promovía actividad física alguna. Además, ni siquiera «para tomar agua o ir al baño podían los alumnos estirar sus piernas, porque sólo les era permitido salir uno por uno del salón» (Tanck, 1977, p. 230).

Pero el ejercicio y los juegos, como otros aspectos de la educación física, tienen también la función de «endurecer» al chiquillo, con objeto de robustecer su cuerpo, su temple y poder afrontar, ahora y sobre todo de mayores, todo tipo de situaciones, incluso de peligros. Los niños, para Lizardi, no han de educarse mimados, con «chiqueo», sino robustecidos, disciplinados, acostumbrados a la hostilidad del entorno y de la vida. Ello les hará fuertes y les preparará para soportar los momentos difíciles. De ahí, en cuanto a lo puramente físico, las recomendaciones del autor de ir descalzos, no muy abrigados, etc.

Lizardi comulga en lo sustancial con la doctrina, que arranca ya de Locke, de no criar a los niños blandos, en perjuicio de su cuerpo y de su espíritu, sobre todo referido a los hijos de las clases urbanas acomodadas. Pide, por ello, una educación física más recia; parecida incluso a la propia de la gente del campo, que, por su propia condición, cría a sus vástagos de una forma más dura y austera. Si así lo hacen, los hijos

se criarán sanos y robustos; de lo contrario, «criados en la molicie y regalo destruyen su salud y precipitan sus años a la muerte» (III, 425).

En último término, no parece sino que Lizardi hubiera hecho caso a Jovellanos cuando éste recomienda qué hay que leer para estar al tanto del pensamiento moderno respecto de la crianza física de los niños:

Sería muy útil que se hiciese común entre los padres el precioso libro sobre la crianza física de los niños de Mr. Balixerd (...). Este libro, el de *Tratado de la crianza física* de los Filanchieri, la de Rousseau en su *Emilio*, y Locke, deben tener presente los directores para adaptarla en lo posible (Jovellanos, 1956, p. 304-305).

Errores y supersticiones

Lizardi, como otros pensadores de las «luces» y de la razón, entiende que hay que atenerse a ambas en la educación del infante, alejándolo de lo irracional y procurando que «no acceda más que a lo que es verdadero, es decir, a lo que es. Por lo tanto, nada de todas esas historias fabulosas (...) y de tantas otras prácticas supersticiosas» (Diderot y D'Alembert: 1979, p. 46). De ahí que Periquillo critique que, nada más nacer, su pequeño cuerpo fuera centro de las supersticiones: querían atarle las manos para que no llegara «a ser muy *manilargo* de grande» o le tenían preparado todo un conjunto de amuletos para el vestido bautismal, una «*faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el *ojo de venado*...» (VIII, 46). Nuestro protagonista tenía, empero, un padre ilustrado que pudo impedir que fuera blanco de la superstición desde su nacimiento.

Pero las supersticiones en la crianza de los niños se refieren especialmente a las fabulaciones y cuentos llenos de *cocos*, aparecidos, ánimas mendicantes, diablos, brujas... y otros mil engaños que les hacen temeroso y los apartan de la verdad. Pomposa, por ejemplo, escuchaba a menudo conversaciones de viejas en las que «andaban a millares los encantamientos, espantos de muertos (...) y trescientas mil soflamas y embustes cuyas resultas son harto perniciosas en la edad madura» (VII, 59-61).

El *Pensador Mexicano* se opone, pues, a que se le llene a los chicos la cabeza con historias fuera de toda razón. También se opone, como Picornell y Gomila, a que las madres, por «hacerse obedecer de los niños les meten miedo, y los amedrentan con objetos horrorosos, amenazandoles con el coco, el draque, etc., haciéndoles creer, que si no

callan, ó se duermen vendrán estos fantasmas à tragarselos, valiendose de sombras, de ruidos y de figuras horribles para persuadirselo» (Picornell, 1786, p. 20). Por ello, don Rodrigo denuncia, así, que se amenace a los niños inspirándoles miedo con apariciones o personajes temibles, disponiendo «su fantasía para admitir en la mayor edad las más crasas supersticiones» (VII, 177). Por su parte, don Manuel, padre de Periquillo, si pudo impedir que a éste le invistieran de amuletos, no pudo, sin embargo, evitar que diversas personas perjudicaran su ánimo con patrañas y falsedades. El daño fundamental consistió en que Periquillo se convirtió en un ser pusilánime para siempre (con 10 años, no podía oír ningún ruido por la noche, ni ver un bulto que no distinguiera...) y en que, de mayor, siguiera siendo víctima de todo tipo de supersticiones y de prejuicios.

Obviamente, el hacer del niño un ser que no sea temeroso entra dentro de esa educación en el «endurecimiento» que señalábamos anteriormente; y, aunque Lizardi no aborda, como Kant o Rousseau, objetos y animales que pueden causar temor, coincide en lo perjudicial de ser un hombre pusilánime y en que son el verdadero conocimiento y la razón los únicos que pueden evitarlo. En caso contrario, se predispone el espíritu para admitir más tarde las más crasas supersticiones, como le ocurre a Pomposa cuando, ya moza, cree ver unas apariciones que la llevan a una especie de mística conversión y a huir de casa para hacer penitencia como eremita.

Pero si, en este sentido, critica a los padres, y también a la ignorancia de los sirvientes, Lizardi culpa sobre todo a los viejos y viejas, que son quienes, como portadores de la tradición falsa y oscura, lejos del siglo, perpetúan errores y supersticiones cuya única fuerza es la de la costumbre y la sabiduría vulgar. Así, Periquillo denuncia que, cuando quisieron amarrarle las manos para que no saliera manilargo, lo justificaran diciendo que «era el modo con que a ellas las habían criado, y por tanto era el mejor (...), porque los viejos eran en todo más sabios que los del día...» (VIII, 46). Con no menor dureza, don Rodrigo critica a los viejos y viejas que «con sus cuentos y patrañas acobardan a los niños, llenan sus cabezas de imágenes funestas y sombrías, y los acostumbran, aun cuando tratan de divertirlos, a creer todo lo maravilloso» (VII, 423).

Nuestro autor, como buen ilustrado, se muestra bastante contrario a las tradiciones, a la cultura y a la sabiduría populares, sobre todo si éstas se fundan en la superstición; y especialmente si, como elementos de transmisión oral, sirven no sólo para entretener al muchacho, sino también para educarlo en creencias falsa que lo alejan de lo racional y del verdadero conocimiento. Lizardi «quiere que la cultura de la imprenta y la razón desplacen enteramente a la cultura oral; que lleguen a ocupar todo el espacio del conocimiento, eliminando así esta sabiduría informal aún dominada por las mujeres y el pueblo» (Franco, 1983, p. 28).

La primera educación moral

Para Lizardi, la educación moral del niño debe comenzar temprano para impedir que se desborden en él los «ímpetus primeros» y no pueda obrar a su antojo, como Periquillo:

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente (...); y como me enseñaron a darme cuanto gusto quería porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera más pronto (VIII, 50).

Lizardi propone «refrenar» desde temprano esas primeras pasiones riñendo o castigando al niño, y no consintiendo sus caprichos. Si bien no propugna ningún razonamiento o discurso moral que se deba dar al muchacho, porque en estos años no tiene aún juicio moral, sí ve necesario corregirlo y, en cierta medida, mostrarle la virtud, porque esta edad es «la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor» (VIII, 53). Se aleja, así, de la educación negativa en la edad temprana como la entiende Rousseau. Y posiblemente se distancie aquí de Rousseau porque, sin caer en el pesimismo jansenista de la maldad intrínseca del niño, tampoco contempla, como el ginebrino, la optimista visión de su bondad natural; sino que estima que el niño nace inclinado a las pasiones y que es la educación la que puede encaminarle hacia la virtud. Así, mediatizado por la religión, cree que todos «nacemos con pasiones, y éstas son las semillas del vicio por la prevaricación del primer padre» (VII, 176, n.).

Frente a Rousseau, Lizardi entiende, pues, que el hombre nace señalado por la primera culpa. Por ello, en la infancia, se han de procurar ahogar los ímpetus naturales mediante una primera educación moral que, entre otras cosas, impida al niño acceder a todos sus deseos caprichosos, y menos gracias a sus lloros. No hay que consentir la despótica voluntad de los pequeños, como se repite muy a menudo entre los educadores ilustrados, pues más tarde, si se les acostumbra a conseguir todo, será imposible corregir este mal.

En *La educación de las mujeres* se cuenta, por ejemplo, cómo una madre, por no oír llorar al pequeño, le dejó el reloj del padre, que acabó roto. Enterado éste, la reconviene porque tal «modo de consentir y malcriar a los muchachos, más que amor es tiranía» (VII, 171). Asimismo, otra mujer narra la siguiente y graciosa anécdota: acostumbra su hijito a conseguir todo llorando, cierta vez le dice que es «capaz de querer imposibles»; no tardó el chico en volver a llorar, pero nada de lo que le daban lo calmaba porque el niño rechazaba todo diciendo: «Éste es dulce, (...), éstas son peras,

yo quiero imposibles, yo quiero imposibles» (VII, 172). Don Rodrigo cuenta también otra anécdota similar, extraída de Blanchard⁹⁾, en la que refiere que un niño no dejaba de llorar porque quería que su criado le bajara la luna y se la pusiera en un vaso de agua. Ello da pie a que Lizardi, a través de este personaje y siguiendo al mismo autor, quien asimismo está influido por Rousseau, haga un largo discurso, en el que dirá, por ejemplo, que los primeros llantos de los niños «son ruegos; si no se cuidan de ellos, en breve llegan a ser órdenes: comienzan por hacerse asistir y acaban haciéndose obedecer» (VII, 174).

Lizardi considera, pues, que en los llantos y caprichos infantiles, no haciendo caso de unos o no accediendo a los otros si ambos no están justificados, se basa en gran medida «el arte de la primera educación», que, bien llevada, consigue sus frutos; pero, mal encaminada, ocasionará mañana grandes perjuicios, puesto que «la primera corrupción nace de acceder a la voluntad despótica de los niños, en tanto que pueden conseguirlo todo con sus llantos. Después es muy difícil reparar este mal» (Kant, 1983, 52). Es más, el excesivo consentimiento lleva equivocadamente a considerar que el chiquillo no tiene malicia y a dejarle pasar todo como gracias de la edad que no tienen mayor importancia. Como Picornell, Lizardi también mira «con horror la conducta de algunos Padres, que no contentos con enmendar sus pequeños excesos, los aplauden delante de ellos, y celebran como una gracia singular, lo que en realidad es una acción reprehensible» (Picornell, 1786, p. 105). De ahí, por ejemplo, la crítica a la educación que se daba a Pomposa, cuyas faltas y caprichos «pasaban por gracias» (VII, 34).

Para Lizardi, los niños pueden ya a esta temprana edad adquirir una serie de vicios que, después, serán difíciles de desarraigar. El no refrenar sus primeros ímpetus los puede llevar a ser soberbios, vengativos, impertinentes, irrespetuosos, envidiosos, mentirosos... y también vanidosos debido a las alabanzas de los adultos sobre su belleza y otras cualidades; como Pomposita, «célebre entre las gentes tontas y superficiales, quienes continuamente la aplaudían de *bonita, viva, discreta, salerosa y curra*» (VII, 61). Éstos y otros defectos no son sino resultado de la mala educación y de la excesiva condescendencia de los mayores, quienes muchas veces no son conscientes del mal que hacen: «la ira, la envidia, la venganza, la falsedad, la ambición, la soberbia, la vanidad, el disimulo (...) no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que están encargados de su educación y asistencia fueran siempre como debían ser, gentes de probidad e instrucción que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios» (VII, 176).

⁹⁾ Véase Blanchard (1797, IV, 183 y sigs.).

Hay, pues, que obrar con cautela en bien de los niños, corrigiendo los defectos, no accediendo a sus caprichos y también dándoles buen ejemplo, pues éste es «el aliciente más poderoso para formar bien o mal el corazón del niño en aquella edad» (VIII, 257).

Todo ello desde temprano, sin disculpar nada al muchacho sólo porque lo sea y pueda pensarse que no tiene importancia, pues «el vicio también tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud (...). Él comienza siendo niño o trivial, crece con la costumbre y fenece con el hombre» (VIII, 254). Lizardi piensa que, si la educación moral no empieza en la edad temprana, luego será ya demasiado tarde para corregir los errores:

El árbol se ha de enderezar cuando es vara, no cuando se robustece y es tronco (...). Los diestros cirujanos componen el hueso luego que se disloca, y lo entablan luego que advierten la fractura; porque si no, cría *babilla* y se imposibilita la cura (VIII, 257).

Igual ocurre con la educación: los niños se han de corregir «antes que sean troncos», porque, si no, también criarán «babilla». O con parecidas imágenes de Picornell:

El tierno arbolito, aunque nazca torcido, obedece y se dobla con facilidad á la direccion que el Labrador quiere darle; pero si se le deja crecer y hacerse robusto, seguirá infaliblemente el sesgo que tomó al nacer (Picornell, 1786, p. 103-104).

No en balde, Periquillo achaca gran parte de sus males a la nula educación moral recibida en su infancia, pues vivió «como un mero animal», sin saber lo que debía y sabiendo mucho de lo que aún debería ignorar (VIII, 53).

Lizardi pretende, así, encaminar hacia el bien desde el principio, considerando que son estos años los más propios para «imprimir las ideas de la virtud» y para que el niño se acostumbre a dominar sus «pasiones» y vaya adquiriendo conciencia y sentido de lo que está bien o mal. Y ello no con lecciones morales, sino usando una educación activa para que el chico vaya consiguiendo una disciplina moral mediante la corrección de las faltas y el rechazo de sus caprichos; y también mediante el modo pasivo de educar con el ejemplo. Si lo primero no ocurre y los ejemplos sirven sólo para hacer que «germine la semilla del vicio», entonces se obrará con imprudencia y el perjuicio puede ser ya irremediable.

Conclusiones

En 1787, el español Manuel de Aguirre, en tono de crítica, escribe:

Ocupadas las madres con errores, groseras persuasiones y equivocadas ideas sobre la virtud y lo útil, oprimen con envoltorios los cuerpecitos de los recién nacidos, los sujetan más y más y crecen débiles y entorpecidos (...). Las imaginaciones al mismo tiempo se pervierten y llenan de oscuridad o falsedades por las conversaciones de sus nodrizas, por las continuas impacencias que les ocasionan la opresión e incomodidades que sufren y por los medios de que se valen para acallar los llantos que son su consecuencia... (Aguirre, 1988, p. 57).

De acuerdo con estas palabras, y como hemos visto, Lizardi se hace sin duda eco de las preocupaciones de la época y de los errores que se proclaman en la educación de los primeros años. Una educación, además, esencial en este momento por cuanto, como hemos advertido, el niño adquiere relevancia y específica singularidad en la preocupación ilustrada y por cuanto tanto Lizardi como otros pensadores del momento proclaman la extrema importancia de la «educación» infantil; entre otras cosas, por el valor que adquieren las «primeras impresiones», como señala más de una vez Lizardi y como, por ejemplo, podemos leer en el *Dictamen sobre el arreglo general de la enseñanza pública* de 1814:

En la edad tierna se fijan en el alma muchas impresiones que no se borran en el resto de la vida (...); en esa edad es en la que se deben grabar en el corazón de los niños los principales dogmas de nuestra divina religión, las máximas mas sencillas de moral y buena crianza (Gordoa y otros, 1970, p. 365).

Lizardi procura, pues, con sus escritos, educar a los padres y a las madres para que sepan guiar convenientemente los primeros años de sus vástagos. De ahí las cuestiones que aborda: importancia de la madre, lactancia, elección de ayas, vestido, educación física, supersticiones, primera educación moral... Y todo ello lo hace siempre dentro de tres coordenadas muy precisas que contextualizan y sitúan su pensamiento: el espíritu del siglo, la peculiar situación de su país y la religión.

Sin duda, las ideas de Lizardi provienen del pensamiento educativo ilustrado y, como hemos visto, en la mayoría de los casos coinciden con las de otros pensadores de la época, españoles y extranjeros. No en balde Lizardi fue uno de los primeros introductores

del *Emilio* en México. Sin embargo, esas ideas, con un gran sentido pragmático, las sabe adaptar siempre al contexto histórico-social mexicano, muy distinto al que podía existir en la Europa ilustrada, incluida la España «menos ilustrada». Y en tercer lugar, esa adecuación queda, además, mediada, como sucede también en otros ilustrados españoles e hispanos, por el dogma religioso, pues el libre uso de la razón, el «atrévete a pensar» kantiano, sólo se ejerce en cuanto no topa con las verdades religiosas.

Ciertamente, bastantes de las ideas *lizardianas*, e ilustradas en general, estarían hoy en entredicho. La pedagogía y la psicología del siglo XX –pensemos, por ejemplo, en Piaget o Vygotski–, nos han ido mostrando nuevas parcelas psicocognitivas de esta edad que han coadyuvado, sin duda, al mejor conocimiento y educación del niño. Es más, los mismos «procesos implicados en el hecho de convertirse en madre y padre tienen ya una larga trayectoria de estudio dentro de la psicología evolutiva» (Hidalgo y otros, 2004, p. 408). Pero, asimismo, las teorías y los conocimientos actuales nos pueden servir también para apreciar la modernidad de algunos de los planteamientos de Lizardi.

Obviamente, nadie aceptaría hoy, por ejemplo, el rigor en el «endurecimiento» del niño. Lejos del «sobrepoteccionismo» que supondrán a principios del siglo XX las teorías de Freud, las ideas lizardianas vienen, sin embargo, de una corriente que arranca ya de Locke, que influye en todo el pensamiento educativo ilustrado. Locke, especialmente para los hijos de la clase dirigente, propugna en el niño el endurecimiento físico para que pueda superar el miedo y el sufrimiento, y para poder enfrentarse mañana a las dificultades de la vida. Bien es cierto que Lizardi se muestra más prudente y no llega nunca a considerar el rigor de Locke cuando, por ejemplo, éste afirma que, «puesto que el gran fundamento del temor en los niños es el dolor, el medio de (...) de fortificarlos contra el temor al peligro, es el de acostumbrarlos a sufrir (...); acostumbrando insensiblemente a los niños a soportar algunos grados de dolor sin quejarse, se emplea un medio excelente para fortificar su espíritu, para echar cimientos de valor y de firmeza para el resto de su vida» (Locke, 1986, p. 162).

Lo mismo podríamos decir del hecho de que, por temor a las «supersticiones» y «falsedades», y en un tiempo donde la literatura se valoraba por su didactismo, Lizardi no considere el cuento popular y de tradición oral como un elemento válido para la formación del niño, no ya sólo por su valor cultural, sino como medio educativo en el que aparecen objetivados, o subjetivados, sentimientos, pasiones, emociones, actitudes y comportamientos humanos que, acrisolados por el tiempo y la conciencia colectiva, informan al hombre de su propia condición. Como intelectual ilustrado, predominan más en él el estricto valor del conocimiento racional y la consideración

del perjuicio que pueda causar todo aquello que aleje al niño de la razón y lo acerque a la superstición, a la falsedad, a lo irracional.

Pero, asimismo, y por contra, en su pensamiento constreñido por un tiempo muy preciso, se manifiestan también retazos de gran modernidad. Así ocurre, por ejemplo, cuando resalta el valor de la lactancia materna, no ya por las ventajas físicas, sino sobre todo porque, mediante ella, se produce lo que los psicólogos de hoy llamarían una «interacción» entre la madre y el hijo: esencial para el propio desarrollo psíquico y afectivo del infante. Algo similar ocurre cuando Fernández de Lizardi destaca el valor del juego y acude a rasgos psicológicos para describir el estado y los perjuicios que se pueden causar al niño si está en continua tensión psíquica y entristecido, contrariando su ánimo natural y su consustancial expresión de alegría. Lizardi también relaciona lo psicológico con lo físico y establece la necesidad de un equilibrio psicósomático para determinar lo que debe ser un buen desarrollo y una buena formación del niño, en los que han de coadyuvar tanto «el ejercicio corporal» como «la quietud de ánimo».

En último término, dentro siempre de las tres coordenadas a las que aludíamos anteriormente, el pensamiento *lizardiano* sobre la educación en esta primera etapa de la vida es, sin duda, un exponente paradigmático de las ideas de una época que sirvió para impulsar la educación de nuestros días; pues, como no en vano se ha repetido a menudo, nosotros mismos somos todos hijos de la Ilustración.

Referencias bibliográficas

- AGUIRRE, M. DE (1988): «Discurso sobre la educación», en A. MAYORDOMO Y L. M. LÁZARO (eds.), *Escritos Pedagógicos de la Ilustración*. Madrid, MEC, I, pp. 51-58.
- AMAR, J. (1790): *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*. Madrid, Imprenta de Benito Cano.
- ANÓNIMO (1988): «Discurso a los padres de familia sobre la educación de los hijos», en A. MAYORDOMO Y L. M. LÁZARO (eds.), *Escritos Pedagógicos de la Ilustración*. Madrid, MEC, II, pp. 325-346.
- BLANCHARD, J. B. (1797): *Escuela de costumbres o Reflexiones morales e históricas sobre las máximas de la sabiduría* (2ª imp.). Madrid, Imprenta de Villalpando (I y III); Imprenta de la Viuda e Hijo de Marín (II y IV).
- CARLOS IV (1988): «Reglamento para el establecimiento de las Casas de expósitos, crianza y educación de éstos», en A. MAYORDOMO Y L. M. LÁZARO (eds.), *Escritos Pedagógicos de la Ilustración*. Madrid, MEC, II, pp. 303-314.

- DAMSEAUX, E.; SOLANA, E. (1967): *Historia de la Pedagogía*. Madrid, Escuela Española.
- DIDEROT, D.; D'ALEMBERT, J. (DIRS.) (1979): Artículo Educación de La Enciclopedia, En G. JUNOY (dir.), *Historia de la Educación en España. Textos y documentos I*. Madrid, Ministerio de Educación., pp. 39-59.
- FENELÓN (1934): *La educación de las niñas*. Madrid, Espasa-Calpe.
- FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1988): «Sociedad y educación en el legado de la Ilustración: Crédito y débito», en *Dos Siglos de Reformas en la Enseñanza*. Simposium Internacional sobre Educación e Ilustración. Madrid, MEC, pp. 139-160.
- FRANCO, J. (1983): «La heterogeneidad peligrosa: Escritura y control social en vísperas de la independencia mexicana», en *Hispanamérica*, 12, 34-35, 3-34.
- HIDALGO, M.V. y otros (2004): «Nacer a la vida: un programa de apoyo y formación durante la transición a la maternidad y la paternidad», en *Infancia y aprendizaje*, 27 (4), 407-415.
- GORDOA, J. M. y otros: «Dictamen sobre el arreglo general de la enseñanza pública presentado a las Cortes... (7 de marzo de 1814)», en J. RUIZ BERRIO, *Política escolar de España en el siglo XIX (1808-1833)*. Madrid, CSIC, Instituto de Pedagogía San José de Calasanz, pp. 361-379.
- HAZARD, P. (1985): *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. Madrid, Alianza Universidad.
- HERVÁS, L. (1789): *Historia de la vida del hombre*. Madrid, Imprenta de Aznar.
- JOVELLANOS, G. M. DE (1956): «Memorias pedagógicas», en *Obras*. Madrid, BAC, LXXXVII, pp. 293-332.
- KANT, I. (1983): *Pedagogía*. Madrid, Akal.
- LOCKE, J. (1986). *Pensamientos sobre la educación*. Madrid, Akal.
- NORMANTE, L. (dir.) (1988). «Proposiciones de Economía Civil y Comercio», en A. MAYORDOMO Y L. M. LÁZARO (eds.), *Escritos Pedagógicos de la Ilustración*. Madrid, MEC, I, pp. 241-259.
- PALAZÓN, M. R. (1980): «Introducción», en J. J. FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *Novelas*. México, UNAM.
- PICORNELL, J. M. (1786): *Discurso teórico-práctico sobre la educación de la infancia dirigido a los padres de familia*. Salamanca, Andrés García Rico.
- REXACH, B. (¿1748?): *Instruccions per la ensenyança de minyons*. Gerona, Narcis Oliva Estampèr.
- ROUSSEAU, J. J. (1985): *Emilio*. Madrid, Edaf.
- RUIZ DE CASTAÑEDA, C. (1967): «Introducción», en J. J. FERNÁNDEZ DE LIZARDI: *La Quijotita y su prima*. México, Porrúa.

- SARMIENTO, M. (1984): *La educación de la juventud*. Xunta de Galicia, Servicio de Publicaciones.
- SNYDERS, G. (1974): «Los siglos XVII y XVIII», en M. DEBESSE Y G. MIALARET (dirs.): *Historia de la Pedagogía*. Barcelona, Oikos-Tau, II, pp. 13-82.
- SPELL, J. R. (1926): «The educational views of Fernández de Lizardi», en *Hispania*, 9, 5, pp. 259-274.
- (1971): «The intellectual background of Lizardi as reflected in *El Periquillo Sarmiento*», en *Bridging the gap. Articles on mexican literature*. México, Libros de México, pp. 149-170.
- TANCK, D. (1977): *La educación ilustrada (1786-1836)*. México, El colegio de México.